♦♦♦

El diablo

Gisela de los Ángeles Gómez Meda

♦♦♦

Escuché una historia por la radio hace tiempo. No recuerdo quién la contó ni de dónde proviene; pero me gustó y llamó mi atención de tal forma que, meses después, viajando a más de 100 por la maxipista a México, de madrugada y bajo el estrellado cielo invernal, empecé a recordarla. Y de algún modo, será por el frío que se colaba por las ventanillas, será por el efecto extraño de la luz de los faros violando la oscuridad que me rodeaba, o será por ese cielo estrellado tan enigmático, esa historia se entretejió con mis sueños, robándoles la vida y la certeza de haber sucedido. Y me dejó una sensación de tristeza que a la fecha perdura...

Hace mucho tiempo, infinitos años después de crear el universo conocido, Dios, con toda su sabiduría y su amor, creó al Hombre. Y en el cielo, rodeado de sus ángeles y arcángeles de todos tipos, Dios se los dio a conocer.

—Éste es el Hombre —dijo—. Lo he creado a imagen y semejanza mía. Y lo amo —agregó—. Les ordeno ayudarlo, protegerlo y sobre todo amarlo y enseñarlo para que cada día crezca y sea mejor.

Todos los ángeles se acercaron a ver esa criatura frágil, recién creada. Y la amaron porque esa era la voluntad de Dios. Todos, excepto el arcángel que más quería al Señor. Todos, excepto el hermoso y luminoso Luzbel. Mientras



♦♦♦

los ángeles se retiraban a cumplir lo mandado, Luzbel permaneció postrado ante el Creador de Todo. Afligido, enamorado, dijo:

—Señor, mi amor eterno y entero es para ti. Pasarán eras y eones y no cambiará. Te amo, Señor, y no puedo amar a nadie más. Por favor, no me pidas que quiera al Hombre, porque no compartiré mi amor por Ti con él.

Y Dios, profundamente triste, deseando convencer a su bello ángel amado, le pidió:

—Por el amor que me tienes, puedes querer a esta criatura mía a la que tanto amo.

Y Luzbel, incapaz de cumplir ese particular deseo de su Amado, se encogió negándose a separarse de Él. Viéndose desobedecido, Dios le dio la espalda rechazándolo, mientras los demás arcángeles se arrojaban sobre Luzbel y se lo llevaban, apartándolo de la presencia divina.

El ángel más bello, el que más amaba a Dios, pasaría entonces la eternidad sufriendo indecible e infinito castigo: ser rechazado por la persona a la que más amaba, y no poder ni siquiera estar cerca de Él.

Todo el amor que sentía por su Amado fue inútil cuando no pudo compartirlo.

El viaje se me hizo corto mientras pensaba en un dicho que mi mamá repetía a veces: "Quién quiere la col, quiere a las hojitas de alrededor".

Me gusta pensar que algún día al final de los tiempos, el ángel amado volverá a reunirse con su Señor. Me gusta pensar eso cuando todos duermen y el insomnio me ataca, llevándome otra vez de viaje por la solitaria carretera, corriendo a más de 100 bajo la madrugada estrellada... Creo que puedo sentir la tristeza del ángel en cada una de esas lucecitas parpadeantes. ♦

